

poner por medio de la paciencia y magnanimidad. Es curioso lo que les aconteció en los primeros sermones que produjeron profundísima impresión. Porque «los de Cáceres, escribe el P. Tirso, habían oído decir, que el auditorio se abofeteaba en nuestros sermones, dijeron algunos: en verdad que se han de dar las bofetadas los teatinos, que no nosotros. Pues bien, estos aquella noche fueron los que más lloraron y siempre al fin de los sermones, que eran a las cuatro y media de la tarde, se daban de bofetadas muchísimas y retumbaba la iglesia con el eco de los golpes» (1).

Esta misión como de ciudad tan importante, fué también más larga que las ordinarias. Oigamos lo que nos refiere el mismo P. Tirso: «Duró la misión en la iglesia mayor diez y ocho días, desde el domingo segundo de cuaresma hasta el miércoles después de la dominica cuarta. En esta fué la comunión general y lo principal de la doctrina a que concurrió tanta gente que jamás vió Cáceres concurso semejante. Comulgaron tres mil personas. Estuvo el Santísimo expuesto hasta las cinco de la tarde y después se dijo el sermón. Antes de predicar se rezaba el rosario. Los predicadores de Cáceres sabiendo que nosotros habíamos de venir, predicaron más moral y más a las almas que otras veces, y con todo padeció gran mortificación el dominico que antes se llevaba todo el séquito; porque predicando él por las mañanas en la iglesia mayor no tenía gente, y nosotros teníamos por la tarde la iglesia casi llena, y los domingos que predicaba en su casa la historia, antes que nosotros el sermón en la iglesia mayor, le faltaba el auditorio, porque la gente por venir a coger asiento, no iba a Santo Domingo, y otros no querían oír dos sermones, y para oír uno, les llevaba el afecto al de la misión» (2). Continuaron algunos días predicando en otras iglesias secundarias, y aquí en Cáceres empiezan a notarse otros ministerios curiosos que solían ocupar a los nuestros algún tiempo. Tales eran las pláticas que hacían en los conventos de monjas. Cinco había en Cáceres; cuatro sometidos al Ordinario y otro a los PP. Franciscanos. En todos dirigieron la palabra nuestros misioneros, y con la gracia de Dios se acrecentó en las religiosas la piedad y fervor de espíritu.

Terminada la misión de Cáceres, salió el P. Guillén a predi-

(1) Revero, *ibid.*, p. 68.

(2) *Ibid.*, p. 69.

car en Medellín, en Don Benito y en otros pueblos, donde recogió fruto copiosísimo. Entretanto había de detenerse un poco en Cáceres el P. Tirso, porque se deseaba asentar un colegio nuestro en aquella ciudad. Obtuvo el misionero lo que se podía hacer por entonces, cual era el consentimiento de la ciudad para emprender la fundación; pero el negocio no pasó más adelante. Este colegio se fundó, pero mucho tiempo después, en el siglo siguiente. Volvió el P. Tirso algún tiempo a las misiones, y al llegar el mes de Junio interrumpieron su trabajo ambos misioneros, volviéndose a descansar uno a Salamanca y otro a Toledo. Con esto dieron por terminada la tarea de aquel año escolar, en que recogieron tanto fruto espiritual en poblaciones importantes de Extremadura.

3. Descansaron de sus fatigas apostólicas durante el verano de 1666. Al acercarse el principio del curso siguiente, determinó el Provincial de Castilla que el P. Tirso diese misiones en Navarra. Representó el misionero que no convendría separarle del Padre Guillén, que se había quedado en la provincia de Toledo. Así lo había recomendado el P. General, y era evidente que con el P. Guillén podría él dar misiones grandes y fructíferas mejor que con ningún otro compañero. No hicieron tanta fuerza estas razones al Provincial de Castilla, quien observaba que el Padre debía ejercitar su celo principalmente en el territorio de su provincia de Castilla. Juzgóse necesario avisar de todo al P. General para que su Paternidad resolviese lo que convenía hacer; pero como su respuesta había de tardar largo tiempo, resolvió el Padre Tirso encaminarse a Navarra y trabajar allí cuanto pudiese, mientras venía la respuesta de Roma.

Atravesó el Ebro a fines de Octubre y empezó a misionar en compañía del P. Ochoa. En los dos meses de Noviembre y Diciembre de 1666 evangelizó primero en Lumbier, después en Sangüesa, luego en Sos, pueblo de Aragón, y por fin en Uncastillo. Observó que en aquel país, por estar las misiones más frecuentadas, o, como dice Tirso, *más sendereadas*, el pueblo se hallaba mejor dispuesto para recibir la semilla evangélica. Sobre todo le sorprendieron agradablemente los excesos de penitencia que ejecutaba su auditorio después de oír los sermones. Oigamos al mismo P. Tirso: «Los llantos, lágrimas y pedir a voces misericordia casi en todos los sermones, ha sido cosa singular. Y el fervor con que dos veces en cada misión se juntaban más de cuatrocientos

hombres a tomar disciplina en las iglesias fué tal, que de oír desde afuera las mujeres lo que hacían los hombres, se volvían a llorar y sollozar tanto, que se oían de muy lejos. Algunos vi yo que tenían los ojos hinchados de llorar. Hombres había que se disciplinaban con tal fuerza, que al fin de la disciplina caían desmayados. Algunos que no tenían las disciplinas, se azotaban con los zapatos, y otros lo hacían con tal fuerza, que no había medio de hacerles parar, y los había que, habiendo hecho nueve veces señal con la campanilla, no lo querían dejar hasta que les amenazáramos con que sacáramos la luz. Otras veces ellos mismos *sua sponte* mientras se disciplinaban, levantaban las voces al cielo pidiendo a gritos misericordia. Las bofetadas que se daban en los sermones al sacar el Santo Cristo eran con tan buena gana, que se acardenalaban las mejillas» (1).

No era este acto fervoroso el único efecto de aquellas misiones. Procuraban los misioneros que en cada uno de los pueblos donde predicaban quedase entablada alguna costumbre piadosa que perpetuase la religión y fervor de todos sus habitantes. Veamos las que dejaron establecidas en estos cuatro pueblos: «El efecto de mayor estima, dice el P. Tirso, es el que dejamos entablado para adelante. Quedaron formadas congregaciones de sacerdotes a donde jamás las había habido, y en dos cabildos quedó entablado que todos los días, después de las vísperas, se lean algunos puntos de meditación por los Ejercicios de nuestro P. San Ignacio o por el P. Luis de la Puente, y esto se empezó a practicar estando nosotros allí. Todos los días de fiesta, después de las vísperas, se leía al pueblo como media hora de lección espiritual en tono alto, devoto y grave, y esto lo hacían tan bien que, volviendo del último término de la misión [al colegio de Pamplona], por los mismos lugares, supimos que a este ejercicio concurría casi tanta gente como a los sermones, y antes de él se reza el rosario. En uno de estos lugares, todos los días a boca de noche se toca al rosario y a la meditación, y se juntan quinientas personas y todas oyen los puntos de meditación con gran silencio y muchos se quedan largo rato en la iglesia y algunos más de una hora. El jubileo de la comunión general y frecuencia de los Sacramentos queda tan asentado, que, para conservarlo, se formaron congregaciones, y los congregantes comulgan con las velas

(1) Revero, *ibid.*, p. 99.

en las manos y tienen la obligación de dar la cera para descubrir el Santísimo» (1). Por aquí se ve la religiosidad de los pueblos españoles y la impresión saludable que producía en ellos la palabra del predicador evangélico.

A principios del año 1667 dió el P. Tirso misión en Pamplona. No sabemos las particularidades de ella, pero es de suponer que se repetirían los actos fervorosos que ya hemos visto en la misión de 1660. Durante la primavera de 1667 pudo el P. Tirso ejecutar cinco buenas misiones, la primera en Puente la Reina, la segunda en Mendigorria, la tercera en Estella, la cuarta en Abárzuza y la quinta en Tafalla. Atendiendo a la población de estos pueblos fué notable el número de comuniones que se contaron. En Estella fueron cuatro mil, en Tafalla dos mil y quinientas, en Puente la Reina mil ochocientas y en Abárzuza dos mil. Al acercarse el verano suspendió sus tareas apostólicas el Padre Tirso, y habiendo descansado unos días en cierta casa de campo que tenía el colegio de Pamplona en Barañain, dirigióse en el mes de Agosto a visitar la santa casa de Loyola y después trató de juntarse con su querido P. Guillén.

4. Como se había previsto, el P. General, Juan Pablo Oliva, determinó que predicasen juntos estos dos grandes operarios apostólicos que se entendían tan bien y sabían unir sus fuerzas para conseguir éxitos estupendos. Habiéndose, pues, comunicado por carta, resolvieron ambos Padres volver de nuevo a Extremadura y proseguir el cultivo espiritual de aquellas tierras, que parecían más necesitadas que las de Navarra, según observaba el P. Tirso. En el otoño de 1667, habiéndose reunido los dos misioneros llegaron a Badajoz el 18 de Noviembre. Nada tuvo de particular esta misión, y baste decir que se repitieron en ella los actos acostumbrados en otras con un éxito bastante feliz. Contribuyó no poco a tan buen resultado el concurso de la gente de armas que había en aquella plaza. En la catedral predicó el P. Tirso el primer sermón, anunciando a todo el pueblo la serie de actos religiosos que después se harían, primero en aquel templo y después en otros de la ciudad. «Por la tarde, dice el P. Tirso, salió la doctrina de nuestra casa con todo el concurso de la milicia, llevó el estandarte Don Rodrigo Mógica, teniente general. El señor Marqués de Caracena aguardó la doctrina

(1) Revero, *ibid.*, pág. 99.

en la iglesia. Duró la misión en la catedral quince días... Pasamos la misión de la catedral a nuestra iglesia el lunes a las tres de la tarde, con una doctrina en que venía el señor Marqués de Caracena con todos los cabos del Ejército y los canónigos. Llevó el estandarte Don Francisco de Rojas, sargento general de batalla. Predicamos en casa de la importancia de la oración mental y lección de libros santos, de las ánimas y de los pobres» (1). Observe el lector el asunto de estos sermones y adivinará la gran disposición que había en nuestro pueblo para las cosas santas, pues a los soldados y oficiales se les inculcaba la oración mental.

Terminado el trabajo en Badajoz, dieron misión en Albuquerque y luego se dividieron los misioneros, para recorrer algunos pueblos secundarios, pues bastaba uno sólo de ellos para lograr el efecto que pretendían. El P. Guillén misionó en Acebuche Villalba y los Santos; el P. Tirso en Talavera, el Montijo, la Puebla y Lobón. Por el mes de Marzo de 1668 se juntaron ambos Padres en Llerena, donde había colegio de jesuitas. Allí la misión fué más importante y secundada, como era natural, por los Padres y Hermanos del colegio. Separáronse de nuevo, yendo Guillén a Montemolín y Tirso a Villa García, y después volvieron a juntarse en Fregenal, pueblo importante donde tenía un colegio la provincia jesuitica de Andalucía. Habiendo descansado por Pascua de Resurrección en el colegio, salieron luego a la misión de Guadalcanal y de allí se encaminaron a Cazalla (2).

El 13 de Mayo de 1668 llegaron a Constantina, lugar importante de la diócesis de Sevilla, donde las dificultades eran más graves, y por lo mismo el éxito de la misión fué más glorioso. El primer día se anunció desde el púlpito, que a la noche se celebraría un acto de contrición por las calles, advirtiendo que no debían ir en la procesión las mujeres mezcladas con los hombres, sino que debían ir los hombres delante del Santo Cristo y del estandarte y las mujeres detrás. «El concurso a esta función, dice Tirso, fué inmenso, compuesto de toda la gente de la villa y de la forastera que andaba en la cava de las viñas. La moción fué de las mayores que hemos visto, porque todos con lágrimas y

(1) Revero, *ibid.*, p. 117.

(2) Prescindimos de varios sermones sueltos que predicaban en otros pueblos menores, por no hacernos demasiado prolijos.

suspiros levantaban la voz hasta el cielo, pidiendo misericordia y se daban tan recias bofetadas, que se podían oír desde muy distante. Dos veces hicimos el acto de contrición fuera, y el último dentro de la iglesia, donde les hice una plática breve de menos de media hora, rematándola con un coloquio con Cristo, hablando en nombre del pecador. Si se habían movido mucho allí fuera, aquí adentro fué mucho mayor la moción, pues retumbaban las bóvedas de la iglesia con el eco de las voces y de las bofetadas. Habría a mi ver cuatro mil personas en la iglesia y estaba tan llena que no cabían de pie, y desde las dos puertas de los dos costados se veía afuera mucha gente» (1).

A pesar de tan buen principio, temían los Padres algún fracaso, cuando llegase el momento de predicar sobre el perdón de los enemigos, porque en aquel pueblo había tales enemistades, que parecía insuperable dificultad poner paz entre gente que desde tiempo atrás no podía mirarse a la cara. El P. Tirso procuró ablandar los ánimos poco a poco, y no contento con algunas generalidades que dijo suavemente desde el púlpito, habló privadamente muy despacio con las personas principales que dirigían los bandos que había en la ciudad. Preparados así los ánimos, dispuso predicar al fin de la misión el sermón de los enemigos. «Hice el sermón, dice el P. Tirso, con la mayor energía que pude. Bien se echaba de ver que los ánimos se iban moviendo... Rematé con un coloquio largo y tomé un Santo Crucifijo en las manos. Estaba el auditorio suspenso y derramaban con silencio muchas lágrimas... Al fin del coloquio me movió Dios a que hiciese lo que no llevaba pensado. De repente se me ocurrió un pensamiento de retirar el Santo Cristo hacia la escalera del púlpito, volviendo las espaldas de la imagen al pueblo. No me acuerdo lo que entonces dije. Bien sé que me hallé movidísimo, y que en nombre de aquel Señor les signifiqué no habían de ver su rostro, si no dejaban los odios y se reconciliaban con sus contrarios. Bien se echó de ver por los efectos que aquel había sido pensamiento del cielo, pues penetró de suerte los corazones y compelió con tanta fuerza las voluntades, que dos señoras principales, sin poder contenerse..., se levantan de sus asientos y a voces piden las dejen pasar para echarse a los pies de un caballero enemigo suyo... Van a voces pidiéndole perdón... Con esto se con-

(1) Revero, *ibid.*, p. 158.

mueve toda la iglesia, levántase el caballero de su asiento, sale a recibirlas con lágrimas en los ojos, corrido de no haberlas prevenido, y pídelas perdón con grandes veras... Todo es cruzar la iglesia de una parte a otra para buscarse, abrazarse y pedirse perdón. No se ven sino abrazos y humillaciones y postrarse unos a los pies de otros. Todos derraman copiosas lágrimas, unos de compunción y otros de gozo y alegría (1).

Concluida esta misión con un éxito tan feliz, interrumpieron su trabajo, por ser ya el mes de Junio, y poco después el P. Tirso fué llamado a Granada. Visitaba entonces la provincia de Andalucía en nombre del P. General aquel P. Francisco Cachupín, antiguo Provincial de Castilla. Este discurrió que estaría muy bien empleado el celo del P. Tirso en las regiones de Granada, Málaga y Sevilla, y le llamó para preparar una excursión apostólica por los principales pueblos del Sur de Andalucía.

Trazado el plan de campaña, empezaron a misionar Tirso y Guillén por Octubre de 1668. Hubieran deseado dar principio a su trabajo en la misma ciudad de Granada; pero hallando algo frío sobre este negocio al Sr. Obispo, se creyó más prudente dilatar la obra para más adelante, y entretanto trabajar apostólicamente en Motril. Difícil era este pueblo para la acción de los misioneros. Había allí terribles enemistades por pleitos injustos y asesinatos. Hallábase tan revuelta la ciudad, que muchas personas prudentes opinaban sería inútil el trabajo de la misión. Sin embargo, no lo fué. Eso sí, nuestros misioneros hubieron de ejercitar la paciencia, hubieron de hablar detenidamente ya con unos, ya con otros, y por fin, después de preparar los ánimos con todos los medios suaves, predicaron al fin sobre el perdón de los enemigos. Gracias a Dios consiguieron lo que nadie había esperado en aquella ciudad, es decir, una reconciliación sincera entre las principales personas que se habían agraviado.

»De Motril volvieron a Granada, y durante el adviento dieron buenas misiones, primero en la catedral y luego en las otras iglesias principales. No nos detendremos a explicarlas, porque sus incidentes son parecidos a los que se veían entonces en otras ciudades. De Granada se encaminaron a Morón, diócesis de Sevilla, a ruegos del Sr. Arzobispo, D. Antonjo Payno, que deseaba probar si con la acción de nuestros misioneros se podían componer

(1) Reyero, *ibid.*, p. 163.

las enemistades horribles que dividían aquel pueblo. Tres semanas ejercitaron su celo en Morón, y gracias a Dios consiguieron al fin lo que deseaba el celoso prelado. La principal dificultad consistió, como dijimos, en reconciliar a los enemigos. «En quince días de sermones, dice el P. Guillén, que siempre se herían en el punto de la paz y con dos que se predicaron de propósito de perdón al enemigo no se pudo conseguir nada, porque faltaba siempre la cabeza de algún bando, a quien no podíamos reducir a que fuera al sermón... El medio que tuvimos para predicarles a todos juntos fué pedir al Sr. Conde de la Moncloa, Maestre de campo, quien con su tercio estaba alojado en la villa, llevase el estandarte y convidase a todos para una doctrina muy solemne que se haría el último día. Acudieron todos, y parando la doctrina en la plaza, donde se juntaron más de ocho mil personas, les predicó el P. Tirso con tal energía, que al acabar el sermón, interviniendo el Sr. Conde, el P. Rector de nuestro colegio y otros religiosos, los del bando que deseaban más la paz fueron adonde estaban los otros, que salieron a recibirles amorosamente y les abrazaron con tiernas lágrimas.»

»No se puede describir lo que vimos en aquel pueblo. Tales llantos de alegría, tales alaridos, tales vitores del pueblo y de los soldados a las familias de ambos bandos, tal arrojar todos el sombrero, tal volverse todos juntos a la iglesia, sin orden de doctrina, mezclados unos con otros, eclesiásticos con seglares y nobles con plebeyos. Unos cantaban las oraciones, otros coplas a nuestra Señora, otros vitoreaban a la Compañía. Resonaban las campanas de las iglesias, donde hubo rara confusión del pueblo y de voces hasta que se dió principio a una breve plática en confirmación y acción de gracias de la paz. Siguió el *Te Deum laudamus*, y se publicó un novenario de fiestas al Santísimo Sacramento, descubriéndole por mañana y tarde con sermones de estas circunstancias. El Sr. Arzobispo de Sevilla se alborozó mucho por la paz que tanto deseaba, y escribió una carta muy sentida al pueblo, exhortando a todos a la perseverancia y ordenando al vicario la leyese al pueblo en la iglesia, y publicase cuarenta días de indulgencia que concedía a los que rogasen a nuestro Señor por el mismo intento» (1).

La Cuaresma de 1669 la ocupó toda entera la misión de Se-

(1) Reyero, *ibid.*, 211.

villa. La predicaron primero en la iglesia de Santa Ana de Triana; después lo hicieron en la catedral y en su sagrario hasta la dominica segunda de cuaresma; después se predicó una semana en nuestra casa profesa; otra en la parroquia de San Lorenzo; otra en la de Santa Marina y en nuestro noviciado, y por último en San Bernardo y Santa María la Blanca (1). El cabildo de Sevilla distinguió a los misioneros haciéndoles algunos favores poco usados. Quisieron que predicasen desde el púlpito principal, asistiendo los canónigos con capas de coro. «En los demás días, dice el P. Guillén, nos dieron la iglesia del Sagrario que es de las mayores de Sevilla. Quitáronse las cancelas de las puertas y se colocó el púlpito en parte que ofreciese seguridad de verle unos desde la puerta y otros desde las naves de la catedral. Gran parte del cabildo asistió allí diariamente con manteo, y Sevilla toda se admiró de ver ejecutado lo que ninguno esperaba» (2). Otra distinción peregrina hicieron los canónigos con nuestros Padres, y fué que mandaron atar el reloj para que no sonase la hora durante el sermón y no se viesen obligados a terminar éste antes de tiempo, sino que tuvieran espacio para extenderse en la predicación todo cuanto quisieran. Permitted además el cabildo que los Sres. Prebendados acompañasen por la calle la doctrina, y que ésta entrase por las naves de la catedral y pasase por entre las dos escaleras, y por fin que predicasen los dos misioneros en el patio de los Naranjos. «Cosas eran éstas, dice Guillén, que hasta entonces no había podido conseguir la Compañía, aun procurándolas, y que ahora se alcanzaron sin pedir las» (3). El éxito de la misión fué felicísimo, pues como dice el P. Tirso, lo sucedido allí excede a cuanto se ha conocido en España.

No nos detendremos en explicar otras misiones que dieron en pueblos secundarios por el verano de 1669. Pasada la época de los calores volvieron a su trabajo y dieron una misión fecundísima, sobre todo en la ciudad de Málaga. Siete semanas duró esta misión, que empezó como las otras en la catedral, se continuó en otras iglesias y al fin en algún convento de monjas. El señor Obispo no se hartaba de dar gracias a Dios y a los Padres misioneros. Enviaba, dice el P. Tirso, su séquito para darnos las gra-

(1) Réyero, *ibid.*, p. 186.

(2) *Ibid.*, p. 193.

(3) *Ibid.*, p. 194.

cias del trabajo, como si no fuera nuestra obligación el misionar. Después pasaron a Ceuta, y llevando una carta que el Sr. Marqués de Arcentales había escrito con este fin. El domingo 19 de Enero de 1669 atravesaron el estrecho, y durante diez días trabajaron en una fructuosa misión, donde recogieron el fruto acostumbrado entre los españoles y no dejaron de hacer algún bien entre los moros, a quienes dirigieron la palabra en pláticas particulares. Vuelto a Málaga el P. Tirso fué llamado a Madrid, y por entonces suspendió sus trabajos en Andalucía.

6. El 15 de Febrero de 1670 llegaron a Madrid los PP. Tirso y Guillén. Su intento era dar enseguida una misión en la Corte, pero se atravesaron algunas dificultades extrínsecas, por las cuales determinó el P. Provincial de Toledo, que se dilatase un poco esta misión, y entretanto predicasen ambos Padres en Alcalá. Pasan a esta ciudad, y con el auxilio de los jesuitas, que siempre fueron muy numerosos en aquel colegio, pudieron ejecutar cumplidamente la misión que tuvo feliz resultado, y que no nos detendremos a explicar, porque no ocurrió suceso que la distinguiese de las otras misiones dadas por el P. Tirso.

El segundo domingo de cuaresma ya estaban los misioneros en Madrid, y aquella misma tarde se dió principio a la más larga y fructífera misión que dieron en su vida los PP. Tirso y Guillén. Duró de tres a cuatro meses. «Se dió principio a ella, como dice el P. Guillén, con asistencia del Sr. Cardenal Aragón, en la parroquia de San Sebastián. Prosiguióse la segunda semana de cuaresma en el Noviciado, la tercera en nuestro colegio Imperial y la cuarta en la parroquia de San Andrés. La semana de Pascua predicamos a los moros, y lo demás de la primavera, hasta San Juan, nos ocupamos en el catecismo y bautismo de los que se convertían y en hacer misión en catorce conventos de monjas y otras cinco casas y varios colegios y recogimientos de mujeres» (1). Había gran concurso en los actos públicos que se hicieron por las calles. Al principio salía una doctrina, como entonces se llamaba, bien lucida. «Llevaba el estandarte, dice el Padre Guillén, el Ilustrísimo Sr. Marqués de Jarandilla y el Padre Mateo de Moya la campanilla. Seguían al estandarte algunos señores Grandes del Reino, muchos títulos y caballeros y algunos cantaban las oraciones como los niños y congregaciones de nues-

(1) Réyero, *ibid.*, p. 223.